

ROBERTO BATISTA FERNÁNDEZ

# Hijo de Batista

Memorias



EDITORIAL  
**VERBUM**

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo.....  | 13  |
| 1. Manhattan.....   | 17  |
| 2. Kuquine.....   | 25  |
| 3. Marcialidad, Constitución y 10 de Marzo.....                     | 33  |
| 4. La Salle. Ataque a Palacio y Varadero.....                       | 47  |
| 5. Manhattan. Siempre Manhattan.....                                | 57  |
| 6. Daytona Beach.....   | 67  |
| 7. Lisboa.....  | 77  |
| 8. Madeira.....   | 83  |
| 9. Legado histórico-mediático.....                                  | 95  |
| 10. Indian Mountain School.....                                     | 101 |
| 11. Institut Monnvert.....  | 115 |
| 12. Madame Fortoul y el legado suizo.....                           | 127 |
| 13. Doloroso Madrid y feliz Guadalmina.....                         | 149 |
| 14. Dama de Elche, Vietnam y dolorosa renuncia.....                 | 165 |
| 15. Preuniversitario. Primeros pasos en la Facultad de Derecho..... | 175 |
| 16. Mi hermano Carlos Manuel.....                                   | 183 |
| 17. Vuelta a la Universidad.....                                    | 193 |
| 18. Visados.....  | 199 |
| 19. Unidos en el dolor.....   | 207 |
| 20. En la despedida.....  | 213 |
| Epílogo.....  | 215 |
| Álbum familiar.....   | 221 |

## Prólogo

Nunca tuve la intención de escribir este libro. Pensaba que mi historia carecía de interés, que a nadie podía importar los acontecimientos de mi vida. Un día, hablando con Danilo Figueredo, bibliotecario y profesor, en su casa de New Jersey, en presencia de Gustavo Pérez-Firmat, profesor y escritor de renombre, surgió el tema. “¿Por qué no hablar de ti? ¿Por qué no escribes la historia de los años pasados en compañía de tu padre?” Me sorprendieron estos comentarios y quedé atónito. “¿Redactar un relato sobre el hogar familiar presidido por mi padre?”, les respondí. Y ambos asintieron con firmeza. ¿Tendría yo la capacidad de escribir?, me preguntaba. En realidad, no había compuesto ningún escrito desde mis años universitarios, quitando algún cuento que escribí durante mi asistencia a un taller de escritura allá a principios de siglo.

El tiempo pasó. Unos meses después, en uno de mis viajes a Madrid, tuve la suerte de reunirme a comer con Pío E. Serrano, historiador, profesor y editor además de empresario, y con el inolvidable Leopoldo Fornés, igualmente profesor y escritor. Conversamos mucho sobre Cuba, su pasado y presente, como era costumbre nuestra al compartir mesa y mantel en un restaurante cubano cerca de la Plaza del Callao.

La conversación siempre fluía; se intercambiaban opiniones y se avanzaban pronósticos. La figura de mi padre, con su bagaje histórico, salía a relucir con frecuencia. Llegado a un punto, ambos al unísono formularon la misma pregunta que Danilo y Gustavo plantearon en New Jersey. “¿Por qué no relatar ese pasado? ¿Cómo vivíais con vuestro padre en Cuba y en el exilio?”.

De más está decir que la pregunta me cogió desprevenido. No esperaba esta opinión por segunda vez en tan corto intervalo de tiempo. Creo que mi cara de estupor causó el mismo efecto en mis comensales.

Les repetí que mi vida no podía atraer a nadie, que lo de Cuba era muy doloroso y que los sucesos vividos a nivel familiar no tendrían relevancia alguna para el público en general. Pero los queridos amigos, al igual que Danilo y Gustavo, no estaban de acuerdo conmigo. Se repitió la escena de New Jersey, solo que esta vez quedaba yo aún más sorprendido por la opinión compartida por tan ilustres intelectuales. ¡Lejos está mi capacidad de escritor para cumplir con sus deseos! me repetía.

Al salir de este almuerzo medité acerca de la propuesta. Al principio la idea me impresionó y causó ansiedad ante tan noble propósito, pero ¿sería capaz de dar el do de pecho que se me pedía? Nada convencido continué debatiendo conmigo mismo la posibilidad de dar vida al proyecto formulado por mis amigos. No tomé una decisión. Preferí meditarlo a conciencia cuando estuviese de regreso al trabajo, una vez cruzado el charco que separa los dos continentes.

Un sábado por la mañana caminaba por la Segunda Avenida de Manhattan cuando me asaltó el recuerdo de las reuniones de New Jersey y Madrid para que relatase los años vividos en compañía de mi padre. Y resolví en ese instante escribir y pensé que lo más adecuado, con mi poca experiencia de escritor, era crear un relato que cubriese los años transcurridos desde mi nacimiento hasta el fallecimiento de mi padre. Recuerdo que en ese momento eché mano de un pequeño cuaderno que llevaba en el bolsillo donde, con prisa, pero con interés, anoté tres ideas que me permitirían dar el cañonazo de salida al relato.

Las ideas cuajaron y me puse manos a la obra. Al llegar a casa me senté frente al ordenador, tiré de un documento Word e intitulé el relato “Pétalo”, porque mi padre siempre decía que a las señoras no se les debe dañar ni con el pétalo de una rosa. No sé por qué me vino a la mente este pensamiento. Sería quizá que actualmente el tema de los malos tratos es sujeto cadente. El caso es que me pareció muy adecuado dar al relato este título provisional a la espera de encontrar uno definitivo. El improvisado título no prosperó a lo largo del tiempo, pero se mantuvo hasta el final de la redacción. Me acompañaba mi padre en esta labor y guiaba mi mano. Me permitió ser fiel a mi interpretación

de la vida familiar y de los hechos históricos que la marcaron. Sometido posibles títulos a debate, se prefirió llamarlo “Hijo de Batista” por su magnetismo mediático. Quedaban de esta forma coronados los esfuerzos de los últimos años.

El germen de esta obra radica en las sugerencias de aquéllos que con criterio histórico me animaron a dar vida a este relato. Quedo por lo tanto endeudado con Danilo y Gustavo, por haber puesto ambos la primera piedra de este proyecto y por el esfuerzo de Danilo en proporcionar ideas a su redacción. Quedaré eternamente agradecido a Pío E. Serrano por su sabia dirección y guía que acaté con el mayor respeto y gratitud. Fue mucho su empeño en que esta obra viese el día y son incalculables sus sugerencias en alcanzar un texto coherente y sencillo. No puedo dejar de mencionar a Leopoldo Fornés por el calor brindado al proyecto y a Jacobo Machover, creador del título “Hijo de Batista”, e inspirador de ideas. Finalmente, Zoé Valdés fue en todo momento, sin ella saberlo, el espejo en el que me miraba por la valentía que imprime a sus opiniones y por el ingente esfuerzo en la producción de su obra literaria y política. Muchas gracias a Zoé por tan leal imagen y tan noble propósito.

A todos vaya aquí el testimonio de mi amistad más profunda y sincera.

MADRID, SEPTIEMBRE DE 2020